

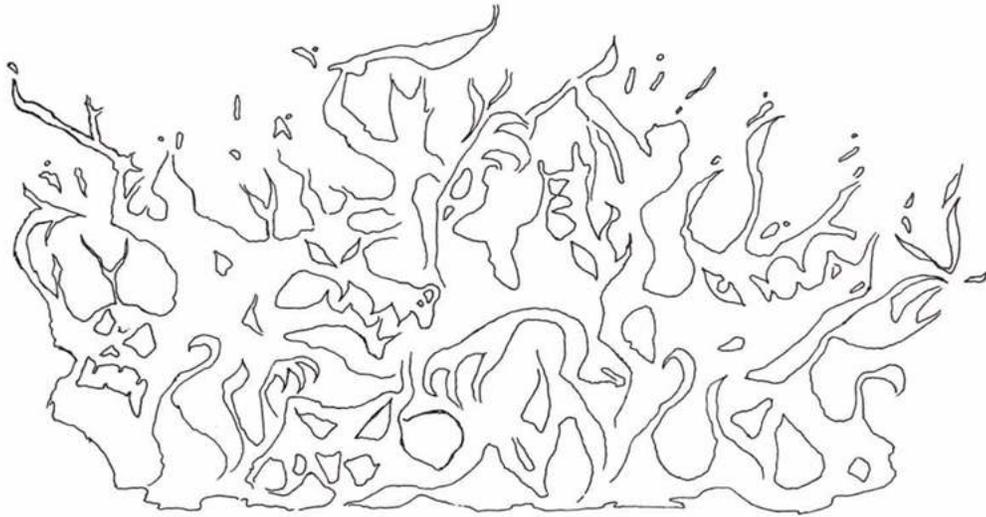


Thomas De Quincey

Confesiones de un
opi6mano ingl6s



libros del
Zorzal



Thomas De Quincey

Confesiones de un
opiómano inglés



libros del
Zorzal

De Quincey, Thomas

El comedor de opio. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2012. -
(Trazos; 0)

E-Book.

ISBN 978-987-599-258-0

1. Ensayo Inglés.

CDD 824

Traducción: Daniela Gutiérrez

Edición: Octavio Kulesz

Ilustración De Tapa: Nicolás Arispe

Ilustración De Contratapa: María Rabinovich

Diseño: Verónica Feinmann

Título Original: *Confessions of an English opium-eater*

© Libros del Zorzal, 2006

Buenos Aires, Argentina

Este libro se realizó con el apoyo de la Dirección General de Industria, Comercio y Servicios de la Subsecretaría de Producción, G.C.B.A.

Libros del Zorzal

Printed in Argentina

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Para sugerencias o comentarios acerca del contenido de *Confesiones de un opiómano inglés*, escribanos

a:

info@delzorzal.com.ar

Thomas De Quincey

**Confesiones de un
opiómano inglés**



libros del
Zorzal

Índice

Primera parte

Al lector | 5

Confesiones preliminares | 9

Segunda parte

Los placeres del opio | 51

Introducción a los dolores del opio | 67

Los dolores del opio | 81

Mayo de 1818 | 95

Junio de 1819 | 98

Un último ejemplo, de 1820 | 100

Apéndice

Primera parte

Al lector

Te ofrezco, amable lector, el relato del recuerdo de una época muy particular de mi vida; confío en que, al contarlo de la manera en que lo hago, será no sólo un relato interesante sino también útil e instructivo en grado considerable. Con *esa* esperanza lo he redactado y ésa será mi disculpa por romper la reserva delicada y honrosa que, por lo general, nos impide mostrar en público los propios errores y debilidades. Nada en verdad más repugnante a la sensibilidad inglesa que el espectáculo de un ser humano que impone a nuestra vista sus úlceras o llagas morales y arranca el “manto decoroso” con que las han cubierto el tiempo o la indulgencia ante la debilidad humana; a ello se debe que la mayoría de *nuestras* confesiones (me refiero a las confesiones espontáneas y extrajudiciales) procedan de gente de dudosa reputación, pícaros o aventureros, y que para encontrar tales actos de gratuita autohumillación en quienes cabría suponer de acuerdo con el sector decente y respetable de la sociedad tengamos que acudir a la literatura francesa o a esa parte de la alemana contaminada por la sensibilidad espuria y deficiente de la francesa. Tan firmemente lo creo, y tanto me inquieta la posibilidad de que se me reprochen esas tendencias, que durante varios meses he dudado acerca de la conveniencia de que ésta o cualquier otra parte de mi narración llegase a ojos del público antes de mi muerte (después de la cual, por muchas razones, se publicará en su integridad) y, sólo después de haber sopesado cuidadosamente los argumentos en pro y en contra, me he decidido finalmente a tomar una decisión.

La culpa y la desgracia, llevadas por un instinto natural, se retraen de la mirada pública: solicitan el retiro y la soledad y hasta cuando eligen su tumba se apartan a veces de la población general de los cementerios, como si renunciaran a su lugar en la gran familia humana y desearan (en las conmovedoras palabras del Sr. Wordsworth)

*Humildemente expresar
Su soledad penitente.*

Está bien que sea así, redundando en provecho de todos nosotros que lo sea: no quisiera ser yo quien ofrezca la impresión de despreciar sentimientos tan saludables ni haría nada, de palabra o de obra, que los subvalore. Pero, por una parte, la acusación que dirijo contra mí mismo no equivale a una confesión de culpa; por otra parte, es posible que, aunque así fuese, el beneficio que obtendrían los demás con el relato de una experiencia pagada a tan alto precio compensaría con creces cualquier violencia infligida a los sentimientos que acabo de mencionar y justificaría una excepción a la norma general. La debilidad y la desgracia no implican necesariamente culpa. Se acercan o se alejan de las sombras de esa oscura alianza en proporción a los probables motivos e intenciones del ofensor y a las circunstancias atenuantes, conocidas o secretas, de la ofensa: en proporción a la fuerza de las tentaciones que desde el primer momento hacia ella llevaban y a la fortaleza de la resistencia que se les opuso hasta lo último. Por lo que me toca, puedo afirmar, sin menoscabar la verdad o la modestia, que mi vida ha sido, en general, la de un filósofo: desde mi nacimiento estuve más orientado a la vida intelectual, y con el intelecto, en el más alto sentido de la palabra, han tenido que ver mis intereses y placeres, ya desde los días de escuela. Si bien ingerir opio es un placer sensual, y si bien estoy obligado a confesar que me he entregado a excesos “aún no reconocidos”¹ en nadie, no es menos cierto que luché con celo religioso por librarme de esta sujeción fascinante y que, después de mucho, he conseguido lo que jamás oí decir de nadie: desligar casi hasta los últimos eslabones la cadena maldita que me apresaba. El triunfo de la disciplina puede con justicia servir de contrapeso a cualquier tipo o grado de autoindulgencia. Esto para no recalcar que, en mi caso, el autodomínio fue indiscutible y, en cambio, la autoindulgencia queda sujeta a dudas de casuística, en la medida en que se amplíe el término para abarcar actos destinados exclusivamente a aliviar el dolor o bien se limite a los que pretendan la excitación y la producción de un placer positivo.

No reconozco, por lo tanto, culpa alguna: y aunque lo hiciera, probablemente mantendría mi presente propósito de este acto de confesión, en vista del servicio que con él puedo prestar a toda clase de comedores de opio. ¿Quiénes son? Lamento decirte, lector, que forman una clase en verdad muy numerosa. De esto quedé convencido hace algunos años al calcular, en una pequeña clase de la sociedad inglesa (la clase de hombres